

Correo abierto a Alberto Mayor Mora

Apreciado profesor Alberto:

Ante todo, excúseme el acartonamiento. Me gustaría encabezar el mensaje con un simple *Alberto*. A juzgar por los textos suyos que he leído, me veo tentado, pero no me atrevo. La muerte sigue imponiéndome un límite que va mucho más allá de la mera cortesía. Aun así, hoy quiero escribirle. Se lo adeudo. También a aquellos que han disfrutado de la alegría de pensar con sus investigaciones, con usted.

Permítame presentarme. Me llamo Luis. No soy sociólogo. Soy filólogo. Pero nuestras disciplinas nos emparentan —bien lo sabe usted, lector de Weber—: los métodos históricos y comparativos que ambas comparten no son ni casualidad ni frutas nuevas en el jardín del Edén, por más que los azares curriculares así los vendan; tampoco es gratuita la coincidencia en algunos conceptos fundamentales, por más que la filología —valenciana, carrasquillesca, mítica—, en vez de reconocerlos y someterlos a escrutinio permanente, se desparrame a rumiar en lucrativas y paradisiacas burocracias; por más que, valga también decirlo, la sociología monologue sobre una estricta tradición disciplinar.

Excúseme igualmente esta acidez. Ella no viene al caso, pero ilustra, a fuerza de contraste, la impresión que me causó *Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX*. Qué sorpresa, qué divertimento ver a mis vecinos, a mis propios familiares, artesanos y obreros, explicados en su libro. ¡Conque el mismísimo Mutis y los entusiastas criollos y españoles de la Ilustración aún se revuelcan por cada talabartero o constructor que no entrega la obra según lo pactado! ¡Conque esta tragicomedia de la modernización ha acuñado así mi barrialeda! ¡Conque hasta allá se remonta el estatus, la jerarquía de aprendiz, oficial y maestro...!

Años de reconocerle la dignidad de don a don Carlos el tendero; a doña Delia, la de señora ama de casa; a don Víctor, la de oficial... ¿Y a son de qué? Convencido hasta la médula de las ideas que a todos nos han hecho *don* y *doña*, que han reservado *señor* y *señora* solo para los padres —que no lores o hacendados—, habría desterrado por completo semejantes vocablos y maneras. Pero los maestros Francisco, Ramiro y Libaniel, venerables abuelos, esos sí que son gente de otro calado. Todos ellos más, incluso, que docentes, licenciados y doctores, pues cuentan con el saber de la

experiencia, conseguido casi siempre a los tiestazos y matizado por las canas, las contradicciones y la modestia —y si alguna vez, víctimas y victimarios, actuaron como jaguares provocados por el hierro vivo de la violencia, no faltaron aquellas matriarcas a cuyas señales todavía acude la prole numerosa e inquieta—. En justicia de tales raíces, le confieso, me reconocía aprendiz de varios oficios, recogía hábitos y valores, *amén* de la respuesta ritual a las bendiciones de las abuelas. Pero no son lo mismo recoger y comprender. Y no puede criticarse lo que no se comprende.

En verdad, si la nación son los vecinos, como dice mi amigo Augusto —él sí sociólogo—, y si «la filología es el conocimiento científico de la actividad y la vida enteras de determinado pueblo, en determinado periodo de su existencia», según la definiera August Boeckh a inicios del XIX, nosotros aún debemos considerar a fondo a quienes no legan sino obra manual. Y obra manual también es la familia, acaso como lo que más, para bien o para mal, lo que aquí con claridad y sobriedad nos enseñan la gran Virginia Gutiérrez y usted: desde tan tempranas mediaciones se produce, se cuece todo texto, toda idea —nunca creatura genial o inspiración divina—.

Profesor, me contraría informarle que a finales de 2020 empezó a circular un PDF en el que, junto con mi amigo Andrés, retomo estas y otras provocaciones suyas, amarradas a la pregunta por una región que produjo, sí, a la estirpe Greiff y al liberal Alejandro López —tan admirado por usted—, pero también al reaccionario Efe Gómez y a los igualmente plebeyos Carlos Castaño y Pablo Escobar; ha pasado suficiente tiempo desde que tuve en mis manos el ejemplar impreso de esa investigación y hasta hace muy poco aún me repetía: debo levantarme el correo electrónico de Mayor Mora, a ver qué nos critica, a ver cómo nos orienta... Yo apenas me enteré. Me contraría, digo, no haberlo sabido, pensar durante tantos meses que usted aún me respondería cuando le escribiera... Quiero, sin embargo, dedicarle estas palabras de homenaje. Y que el aniversario pase como un festejo.

Usted y mi abuelo no se conocieron, pero bien se habrían entendido.

Luis
Niquía,
24VIII22